

# ANDRÉS J. KREINER

por Alejandro A. Valda



A mediados de junio de 1994 nos cruzábamos en un pasillo del 1er piso del *Bâtiment 104* del Instituto de Física Nuclear de Orsay e inmediatamente supimos, con esa mezcla de asombro y alegría que generan los encuentros en el extranjero, que el saludo iba a ser en castellano; en argentino, más precisamente. El reconocimiento fue, por supuesto, asimétrico; pues lógicamente es más fácil para los estudiantes tener presente de manera más clara a sus antiguos profesores. En la charla que siguió, Andrés me contó que en ese momento se encontraba en una visita científica en el grupo de física nuclear experimental dirigido por Jocelyne Sauvage y que iba a integrar, además, el jurado de la tesis de doctorado de Fadi Ibrahim, uno de los tesisistas del grupo a quien yo conocía por ser parte de los que entonces transitábamos la misma etapa de nuestra formación académica. Cabe aclarar que yo estaba muy alejado de la física nuclear fundamental, trabajaba más bien en técnicas de detección nuclear aplicadas a problemas biomédicos. *—Siendo uno de los expertos mundiales en núcleos impar-impar, es un honor que Andrés sea parte de mi jurado.* —recuerdo que me diría luego Fadi. Esta expresión no hizo más que corroborar la impresión que, como antiguo estudiante de la Licenciatura en Física, tenía de Andrés.

En efecto, mi primer encuentro con Andrés fue al cursar Física Nuclear a fines de los ochenta; él era el profesor de la materia. Ahí, mis compañeros de curso y yo, pudimos apreciar su calidad docente, tanto en sus clases teóricas como en su preocupación para coordinarlas con las clases de problemas y de laboratorio. Si buscamos el ejemplar número 12 (año 8) de la emblemática revista *Interacción* (editada en esa época por estudiantes de computación, matemática y física de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA) podemos leer con placer su artículo “Una alquimia de nuestro tiempo”, donde transmite los conceptos fundamentales de la física nuclear con la calidad didáctica y rigor que lo distinguen en todos sus escritos.

Las puertas de su oficina siempre estuvieron abiertas para las consultas. Además, el que nos convocara para rendir examen en Tandar era

una expedición que con gusto uno hacía. No podemos dejar de detenernos un instante en su oficina si queremos conocer más a fondo al personaje. Una buena síntesis de ella es imaginarla como un caótico reducto donde puede encontrarse desde un tubo de rayos X hasta expedientes administrativos en curso, pasando por una botella de ron, traída de alguno de sus viajes para compartir con el grupo. Si nos esmeramos, seguramente encontremos, entre las pilas de papeles y libros, el primer borrador de su tesis.

Fue en 1989, cuando en el mundo de la física —y en el de las ciencias en general por lo que sus resultados implicaban— causó gran revuelo el anuncio del descubrimiento de la llamada fusión nuclear fría. Los estudiantes de física no estábamos, por supuesto, ajenos a tal supuesto hallazgo y es ahí cuando conocí la faceta de Andrés como científico de primer nivel. Él, junto a otros de sus colegas, dieron una conferencia en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA describiendo el artículo del controvertido descubrimiento, el experimento en el que él participó en el Laboratorio Tandar de la Comisión Nacional de Energía Atómica para replicar el original y los resultados encontrados que mostraban el error del apresurado anuncio.

A fines de los años noventa tuve el enorme placer de incorporarme a su grupo. De esta manera conocí nuevas facetas de Andrés; el final de su migración de la física nuclear fundamental hacia las aplicaciones nucleares en temas ambientales, tecnológicos y, sobre todo, en física médica a través de la terapia por captura neutrónica realizada con aceleradores y los primeros trabajos para el desarrollo de la hadronterapia en Argentina. Junto a Alejandro Burlon y Daniel Minsky he podido disfrutar del trabajo codo a codo en

experimentos realizados en diferentes laboratorios. En diversas ocasiones, la buena marcha de un experimento iba acompañada de un alegre silbido, casi como sin quererlo, de *Die Forelle* de Schubert. Conocí asimismo la labor que realizó para consolidar el establecimiento de la Escuela de Ciencia y Tecnología de la Universidad Nacional de San Martín y de la formación universitaria en física médica. Exigente, pero asimismo con un alto compromiso y apoyo hacia el grupo de trabajo.

Fuera del laboratorio uno de sus pasatiempos es la jardinería, siendo el jardín de su casa uno de sus orgullos. Las palabras justas –y en varios idiomas– es otra de sus cualidades. Finalmente, sería incompleta una semblanza de Andrés si no incluyéramos su profunda conciencia social, demócrata y progresista demostrada innumerables veces en sus declaraciones privadas y públicas y en su activa participación en asociaciones en el ámbito científico y social.